

—Cierto,—dijo Argüelles.—Para eso es menester ir á Lima. Yo estoy dispuesto á ir.

—No,—repuso Miguel.—Irá Juan. Ese descubrirá lo que ninguno de nosotros tal vez, pudiera descubrir.

—Decís bien,—repuso Gurrea.—Juan tiene astucia y penetración, y, sobre todo, muchos conocomientos en la localidad. Creo que es lo mejor que podemos hacer.

Aceptada esta idea, Juan recibió las intrucciones necesarias y el siguiente día partió para la capital.

#### IV

#### LA VIRGEN BLANCA

No se descuidaron tampoco los que estaban encargados de la defensa de la plaza, de tomar las demás medidas que exigía la seguridad común.

Se establecieron pequeños retenes en todos los surgideros y calas por donde podían, por medio de naves de poco calado, hacer desembarcos, y, al mismo tiempo, salieron algunas partidas de exploradores por el camino que conducía á Lima.

Sin embargo, pasaron días y nada demostraba que se relacionara con el misterioso aviso que había recibido el gobernador de Arica.

El mismo Juan regresó de Lima, diciendo que nada de particular había observado.

La guarnición de la ciudad sí que se había aumentado: que había visto algunos cañones de arrastre que antes no había, y que se había formado un escuadron de lanóeros además de los dos que ya existían.

Pero que todas estas fnerzas las necesitaban para la defensa de la plaza, pues entre torreones, bastiones y murallas habían formado un nuevo recinto que debían cubrir constantemente.

Nadie hablaba de intentar un nuevo ataque á la colonia, considerando la generalidad de la población como una locura el pensarlo siquiera.